

("Español")

NOTAS SUELTAS

Madrid, 5



Por

Miguel de Unamuno

noviembre 1919)

HAY quien opina que eso del honor —del honor caballeresco, o sea de aquellos que pueden mantener caballo, por supuesto, y que es muy otro que el honor de una doncella, v. gr. o el honor que llamaríamos *burreresco* o sea de los *burreros*, de los que tienen que montar, como el Cristo montó en burro— hay quienes opinan que eso del honor es *pacífico* o técnico —no el general, civil y humano— es un sentimiento de pueblos o de períodos bárbaros. Dicen que los salvajes se guían por el instinto, los bárbaros por el honor —por el honor bárbaro, por supuesto— y los civilizados por la conciencia y el sentimiento del deber moral. Que es el deber civil y social.

Lo que sabemos es que los antiguos griegos y romanos, tan de veras civilizados, no conocían esa quíscosa bárbara y medieval, de origen germánico, y que el cristianismo, antes de su degeneración, tampoco la conocía.

Mas sea de esto lo que fuere, de lo que si estamos convencidos es de que eso de los tribunales de honor es un artificio o para burlar la ley y la justicia o nacido del miedo a aplicarlas.

Los tribunales de honor suelen ser en sus procedimientos inquisitoriales y, por lo tanto, injustos e inmorales. Aplican aquel horrendo principio de *ex informata conscientia* que ha manchado el llamado Derecho Canónico y es un principio jesuítico.

Donde funcionen tribunales de honor con procedimientos inquisitoriales no cabe civilización. Y donde no hay civilización no hay orden, ni disciplina, ni justicia, ni conciencia moral, ni sentido del deber.

Además ¿qué es el honor de un esclavo?

Los jesuitas hacen, y no sabemos si firman, ciertos votos y entre ellos uno de obediencia ciega, *perinde ac cadaver*, a las autoridades de la Orden. Pero un hombre libre, es decir, un hombre inteligente, no puede firmar semejante cosa sin reservas mentales. No es cuestión de voluntad, sino de inteligencia.

Íñigo de Loyola en su famosa carta a los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús, de Portugal, establece tres grados de obediencia: de ejecución de voluntad y de entendimiento. «No solamente teniendo un querer, pero teniendo un sentir mismo con su superior» dice.

Esta disciplina jesuítica —y de ejército

tudesco— hace hipócritas o tontos. Una u otra cosa, o las dos, resultan los individuos del Sindicato conocido por Compañía de Jesús, y los de todos los Sindicatos que siguen sus huellas.

Ese género de disciplina coactiva y sindicalista no es más que para personas de escasa o nula inteligencia o para redomados hipócritas. Ningún hombre inteligente, es decir, libre, se somete a ella.

Eso de que España fuera neutral durante la guerra fué una ficción. Aquí hubo guerra, guerra civil e incruenta, pero guerra. Y la guerra sigue. La tudesquería, más o menos troglodítica, sigue actuando en España. Y antes se borrará de Alemania que de aquí.

Antes acabarán allí que aquí con ciertas Ligas. Y es que el loco con el palo se hace cuerdo, pero el tonto no. Y la desgracia mayor que aflige a España es la soberbia de la falta de inteligencia. Hasta se predica la dictadura de la demencialidad. Y hay que oír con qué retintín motejan de intelectuales a los inteligentes los que no lo son.

Hasta nos han dicho, —y nos resistimos a creerlo— que hay profesiones en que es mal mirado el que uno quiera saber más y en vez de jugar al tresillo o al monte procure ensanchar y ahondar sus conocimientos profesionales.

Todo lo cual tiene que ver, aunque no lo parezca, con la última guerra y con las absurdas esperanzas que ella hizo concebir a no pocos cuando parecía que la brutalidad disciplinada iba a arrollar a la inteligencia civil, madre de la libertad, de la conciencia moral y de la civilización humana.

Cuando escribimos estas líneas algunos de esos pobres conservadores —«desvergonzadamente ramplones» que dijo Carducci— llenos de miedo cerval —cerval deriva de cierva— esperan un estallido, una solución catastrófica. Los hombres que se llaman de orden serán los que acaben dando el salto en las tinieblas.

Cuando el palo, que es de suyo ciego, es manejado por un ciego... Un automóvil sin guía es cosa terrible. Mejor un coche sin cochero. Los caballos siquiera ven. Y a veces mejor que el amo.

